

5. Los últimos años del Reino Babilónico

La historia de la nación babilónica revela, a quien busca principios ocultos, todo lo necesario para comprender la relación de los gobiernos terrenales con Dios, el trato de Dios con todas las naciones de la tierra, y la actitud que los hombres deben asumir hacia Dios y hacia los gobiernos terrenales. Estos cuatro principios pueden aprenderse del estudio de la historia de Babilonia tal como se registra en el libro de Daniel, y por los profetas que escribieron acerca de este reino. Esto es cierto, porque en Babilonia se ve, en algunos aspectos, el desarrollo más completo de los planes de Satanás. Aquí se falsificaron los principios del reino celestial, y tanto del metal verdadero se mezcló con la aleación que se desarrolló una fuerza inusual. En otras palabras, el reino de Babilonia fue construido y desarrollado de acuerdo con leyes que eran en sí mismas divinas; pero puesto que el mayor mal yace cerca y es una perversión del mayor bien, así la perversión de los principios del gobierno del cielo hizo a los reinos terrenales más fuertes. Construido de tal manera que era difícil para los seres que observaban el progreso de los acontecimientos detectar el error, Dios, que nunca trata arbitrariamente con hombres o ángeles, ni siquiera con el mismo Satanás, permitió que el reino babilónico siguiera su curso natural, para que el mundo tuviera una lección objetiva, y supiera para siempre que la verdad trae vida, pero que la más mínima perversión de la verdad, por insignificante que sea, trae muerte.

Para vindicarse a sí mismo ante el universo, Dios otorgó toda clase de bendiciones a este reino terrenal que Satanás jactanciosamente reclamaba como suyo. Se dio sabiduría al pueblo de Babilonia, el Santo Vigilante protegió al rey en su trono, y Dios dio poder al gobernante en la batalla, haciéndolo un conquistador. Fue Dios quien hizo que el árbol llegara hasta el cielo, y dio fuerza y belleza a sus ramas. Todo, a modo de advertencia y súplica, fue usado por la Sabiduría Infinita para hacer que los babilonios vieran la diferencia entre lo verdadero y lo falso, y los llevara a elegir lo verdadero. Es uno de los comentarios

más contundentes en la historia de la tierra sobre el cuidado de Dios por todos, incluso por el más grande pecador.

Si Babilonia hubiera aceptado la ayuda ofrecida, ella, a pesar de todo el poder de Satanás como príncipe de este mundo, habría unido su trono con el trono de Dios, y habría sido un reino eterno. ¡Cuán fácilmente podría haberse cambiado la historia del mundo!

Las personas que viven en estos últimos días, sean cristianas o no, no necesitan permanecer ignorantes con respecto a su deber hacia el gobierno civil. Las naciones no pueden alegar ignorancia con respecto a su deber hacia los cristianos, hacia otras naciones, ni hacia Dios, porque las profecías de Daniel lo explican todo. Es un libro tanto para gobernantes como para el pueblo común. Babilonia es una lección objetiva para las naciones; sus fracasos describen los fracasos que se cometen hoy en día, y su destrucción es una descripción del fin de todos los reinos terrenales.

Las naciones tienen un tiempo de prueba, al igual que los individuos. Se lleva un registro de los acontecimientos nacionales, y cuando la copa de la iniquidad está llena, llega la destrucción, y otra potencia, más vigorosa, por ser menos corrupta, ocupa su lugar. «El Altísimo gobierna en el reino de los hombres», sea o no reconocido, y las cosas que, a ojos humanos, parecen haber sucedido por casualidad, están directamente bajo el control del Santo Vigilante.

El estudio del libro de Daniel exige, por lo tanto, que nos tomemos el tiempo para trazar la historia de Babilonia como nación.

Un período de unos veinticinco años interviene entre el cierre del capítulo cuarto y la apertura del capítulo quinto. El reinado de Nabucodonosor terminó poco después de la restauración de su razón, según se relata en el capítulo cuarto. Desde un punto de vista mundano, el suyo había sido un reinado largo y próspero, y a su fin no había señales de debilitamiento en el imperio. Nabucodonosor tenía un hijo con edad para ocupar el lugar de su padre. Nadie cuestionó su derecho al trono, y mientras lamentaban la muerte de

Nabucodonosor, aparentemente los súbditos tenían muchas razones para regocijarse por la sucesión del hijo. A los ojos del Cielo, esta historia fue una de altibajos. Hubo períodos en los que un deseo de conocer el bien y gobernar justamente fue escrito junto al nombre del rey. Pero estos fueron seguidos por períodos aún más largos en los que la voz del Divino fue completamente desatendida. Hubo un registro de providencias maravillosas, ricas bendiciones y pruebas amargas, todas con un único objetivo: —volver las mentes del mundo a la única Fuente de vida y poder. Si el Cielo alguna vez se cansa de observar las luchas de las naciones, ¿cuál debió ser la carga al ver este reino elegir repetidamente el curso que conducía a una ruina inevitable?

Evil-merodac, el hijo de Nabucodonosor, es mencionado solo dos veces en las Escrituras, y en cada caso se hace referencia a un acto de su vida. Parece extraño que a tal padre le suceda un hijo de quien tan poco se registra, pero es gratificante notar que cuando el silencio se rompe, es para relatar una obra de bondad. En el primer año de su reinado, sacó de la prisión a Joaquín, el antiguo rey de Jerusalén, un hombre ahora de cincuenta años de edad, que había languidecido en cadenas desde que era un muchacho de dieciocho. Al exgobernante judío se le dio ropa y provisiones de rey, y fue exaltado por encima de otros reyes en Babilonia durante el resto de sus días.

Evil-merodac había sido criado en la corte babilónica, y había conocido a los judíos y su historia desde su juventud. No sería imposible que Daniel, hecho jefe de los sabios caldeos por Nabucodonosor, hubiera sido el instructor del príncipe. Aunque se omiten los detalles, es cierto que por alguna razón la destrucción de Babilonia se retrasó más allá del reinado de Evil-merodac. Su breve reinado de dos años fue seguido por un período de inestabilidad, una experiencia muy peligrosa en una monarquía.

Finalmente, Nabonido, el yerno de Nabucodonosor, fue sentado en el trono, y alrededor del año 541 asoció con él a su hijo Belsasar. Los dos reinaron conjuntamente hasta la destrucción del reino en 538 a.C. Este joven, nieto del gran Nabucodonosor, pronto demostró ser terco, caprichoso, cruel y disoluto.

Daniel ya no era retenido en la corte. No se especifica el momento de su destitución, pero en el tercer año del reinado de Belsasar, él vivía en Susa, la capital de Elam, a cierta distancia al este de Babilonia, y fue en ese lugar donde vio la visión que relata el capítulo octavo del libro de Daniel.

Durante el reinado de Nabonido y Belsasar, ocurrieron acontecimientos de la mayor importancia. Para los judíos que aceptaron las palabras de los profetas que Dios envió, levantándose temprano y enviando, la caída del reino en el futuro cercano era bien conocida. A pesar de su propia opresión, había un mundo que advertir, y a medida que la hueste de los redimidos se reúne alrededor del trono de Dios, compuesta, como será, por representantes de toda nación, linaje, lengua y pueblo, habrá algunas almas de la antigua Babilonia que, habiendo oído la proclamación del mensaje, se separaron de sus pecados y fueron salvas.

A medida que los monarcas gobernantes perdían el conocimiento de Dios, y los hombres temerosos de Dios ya no se encontraban entre los consejeros, la opresión de los judíos se volvió casi insoportable.

Al llegar a Babilonia, el Señor les había instruido que edificaran casas y plantaran viñas, que se casaran y se multiplicaran en número, y que oraran por la paz y la prosperidad de Babilonia, pues su cautiverio duraría setenta años. El pueblo de Dios tenía la observancia del Sábado del cuarto mandamiento para preservar su peculiaridad y evitar que se mezclaran con los paganos. Llegó el tiempo en que los babilonios, que eran adoradores del sol, se burlaban de los judíos a causa del Sábado. Se les prohibió celebrar sus fiestas; sacerdotes y gobernantes fueron degradados y perseguidos. Los babilonios a menudo exigían canciones a los judíos. «Los que nos habían llevado cautivos nos pedían cantos, diciendo: Cantadnos de los cánticos de Sion;» pero sus corazones estaban apesadumbrados. «Israel es oveja descarriada», escribió Jeremías; «los leones la han ahuyentado; .. Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha quebrantado sus huesos». Los babilonios se jactaban de que no era pecado oprimir a los judíos, razonando que Dios había puesto a los hebreos en esclavitud debido a sus pecados.

No es de extrañar que el yugo fuera difícil de llevar y que el rey fuera implacable. Fue un tiempo de angustia, un anticipo del gran tiempo de angustia por el que pasará el pueblo de Dios antes de la segunda venida del Salvador. Ambos períodos son llamados por el mismo nombre, —el tiempo de la angustia de Jacob—, por el profeta Jeremías. Bajo estas circunstancias difíciles, los judíos se vieron obligados a predicar el evangelio que una vez tuvieron la oportunidad de dar con poder desde Jerusalén.

Gimiendo bajo la opresión, enseñaron sobre el Mesías venidero, el libertador; enseñaron la justicia por la fe, y el evangelio eterno, la hora del juicio de Dios, la caída de Babilonia y la destrucción de aquellos sobre quienes se encontraba la marca del culto babilónico. El espíritu de profecía, como perteneciente a los judíos, era conocido por los babilonios durante todo el período del cautiverio. Daniel, en presencia del rey, había recibido más de una vez iluminación divina. Ezequiel estaba enviando mensajes ampliamente desde el Señor, y Jeremías había recibido palabra de Dios con el mandato de darla a conocer a todas las naciones circundantes. No había forma de ocultar el hecho de que el Dios de los judíos tenía profetas entre su pueblo. Fue de esta manera que no solo los judíos, sino Moab, Edom, Tiro y Sidón, Amón, Egipto, Arabia, e incluso Media y Persia supieron que la caída de Babilonia estaba decretada. Muchas de estas naciones, y los persas entre ellos, sabían exactamente qué reino sería utilizado para destruir Babilonia, y el nombre del hombre a quien Dios había elegido para llevar a cabo el derrocamiento.

Tales son los mensajes que Dios envió, y así fue como hizo uso de su pueblo. Aquellos a quienes no pudo usar cuando se les concedió paz y prosperidad y una ciudad propia, los usó cuando eran esclavos bajo el talón de hierro de Babilonia. Babilonia era como una ciudad al borde de un cráter volcánico, pero ella no lo creía. En el año 539 a.C., las fuerzas combinadas de medos y persas se dirigieron hacia Babilonia. La noticia llegó a la ciudad de que el enemigo estaba en marcha. Fue entonces cuando llegó el mensaje de huir de la ciudad y ser como cabras en la ladera de la montaña. Los judíos que prestaron atención a la palabra del Señor, se

retiraron entonces de Babilonia. Pero el ejército persa no llegó. La historia dice que Ciro fue detenido por la muerte de un caballo blanco sagrado, que se ahogó al cruzar un río. Ciro puso a sus hombres a cavar canales para el río, pasando un año de esta manera. La profecía dice: «Los muros de Babilonia caerán. Pueblo mío, salid de en medio de ella, y librad cada uno su alma. ... Y para que no desmaye vuestro corazón, ni temáis por el rumor que se oirá en la tierra; un rumor vendrá un año, y después, en otro año, vendrá un rumor, y violencia en la tierra, gobernante contra gobernante».

Y así fue; una primavera llegó el rumor, pero el ejército no apareció. Los despreocupados e incrédulos se burlaron, pero para los creyentes este era el momento oportuno. La siguiente primavera el rumor volvió, pero entonces no hubo tiempo para vender o prepararse para partir, porque el ejército también llegó, y las fuerzas babilonias y medo-persas se encontraron en batalla abierta. Los babilonios fueron derrotados y se retiraron dentro de las fortificaciones de la ciudad.

Las puertas fueron cerradas y el asedio comenzó. Aquellos que ahora estaban en Babilonia debían vivir o morir con los babilonios, a menos que Dios detuviera la mano del destructor.

El clímax fue alcanzado por el mayor de los gobiernos terrenales. Todo el cielo estaba lleno de ansiedad. Solo el hombre dormía ante su inminente destrucción.